



libro #1 del
Diario de un Vampiro

transformación

morgan rice

Morgan Rice

Transformación

Серия «Diario de un Vampiro», книга 1

Аннотация

TRANSFORMACIÓN es el Bestseller # 1 de la saga DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), que incluye once libros (y siguen llegando). En TRANSFORMACIÓN, Caitlin Paine, de 18 años, se encuentra a sí misma desarraigada de su lindo suburbio y es obligada a asistir a una peligrosa escuela secundaria en la ciudad de Nueva York, cuando su mamá se muda otra vez. El único rayo de luz que tiene en su nuevo entorno es Jonah, un nuevo compañero de clase, quien siente agrado por ella de inmediato. Pero antes de que su romance pueda florecer, Caitlin se encuentra transformada repentinamente. Ella se encuentra doblegada por una fuerza sobrehumana, la sensibilidad a la luz, el deseo de alimentarse – sentimientos que no entiende. Ella busca respuestas a lo que le está sucediendo y sus deseos la llevan al lugar equivocado, en el momento equivocado. Sus ojos se abren ante un mundo oculto, debajo de sus pies, haciendo progresos subterráneos en la ciudad de Nueva York. Ella se encuentra atrapada entre dos aquelarres peligrosos, justo en medio de una guerra de vampiros. Es en ese momento que Caitlin conoce a Caleb, un misterioso y poderoso vampiro que la rescata de las fuerzas de las tinieblas. Él la necesita para ayudarle a

buscar el legendario artefacto perdido. Y ella lo necesita para buscar respuestas y para protegerla. Juntos tendrán que responder a una pregunta fundamental: ¿quién fue el verdadero padre de ella? Pero Caitlin se encuentra atrapada entre dos hombres, cuando surge otra cosa entre ellos: un amor prohibido. Un amor entre razas que pondrá en riesgo sus vidas, y los obligará a decidir si deben arriesgarse uno por el otro. "TRANSFORMACIÓN es una historia ideal para jóvenes lectores. Morgan Rice hizo un buen trabajo al dar un giro interesante a lo que pudo haber sido un típico cuento de vampiros."

--The Romance Reviews "TRANSFORMACIÓN (TURNED) llamó mi atención desde el inicio y no lo solté... Esta historia es una aventura sorprendente, de ritmo rápido y llena de acción desde el principio. No hay un solo momento aburrido. Morgan Rice hizo un trabajo sorprendente transportando al lector a la historia. También facilitó el apoyo a Caitlin y quiso desesperadamente que triunfara en su búsqueda de la verdad... Espero con interés el segundo libro de la saga". --Paranormal Romance Guild "TRANSFORMACIÓN es un libro de las tinieblas agradable, de fácil lectura, que se puede leer entre otros libros, ya que es corto... ¡Le aseguro que se divertirá!". --books-forlife.blogspot.com "TRANSFORMACIÓN es un libro equiparable a TWILIGHT y DIARIO DE UN VAMPIRO, (VAMPIRE DIARIES), y ¡hará que lo quiera seguir leyendo hasta la última página! Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!". --Vampirebooksite.com "Rice hace un gran trabajo en transportarlo a la historia desde el principio, utilizando una gran calidad descriptiva que trasciende a la narración del escenario... Está bien escrito y su lectura es extremadamente rápida, TRANSFORMACIÓN es un buen inicio para una nueva saga de

vampiros que seguramente será un éxito entre los lectores que buscan una historia ligera, pero entretenida". --Black Lagoon Reviews

transformación

(Libro #1 del Diario de un Vampiro)

Morgan Rice

ALGUNAS OPINIONES ACERCA DE LAS OBRAS DE MORGAN RICE

"Me llamó la atención desde el principio y no dejé de leerlo... Esta historia es una aventura increíble, de ritmo rápido y llena de acción desde su inicio. No hay un momento aburrido".

--Paranormal Romance Guild {con respecto a Turned}

"Tiene una trama estupenda y es un libro que le costará trabajo dejar de leer en la noche. El final en suspenso es tan espectacular, que inmediatamente querrá comprar el siguiente libro, solamente para ver qué sigue".

--The Dallas Examiner {referente a Loved}

"Es un libro equiparable a Twilight y The Vampire Diaries, (Diario de un Vampiro), y hará que quiera seguir leyendo ¡hasta la última página! Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!"

--vampirebooksite.com {con respecto a Turned}

"Es una historia ideal para los lectores jóvenes. Morgan

Rice hizo un buen trabajo dando un giro interesante a lo que pudo haber sido un típico cuento de vampiros. Innovador y singular, tiene los elementos clásicos que se encuentran en muchas historias paranormales para adultos jóvenes".

--Reseña de *The Romance* {referente a *Turned*}

"Rice hace un gran trabajo para captar su atención desde el principio, al utilizar una gran calidad descriptiva que va más allá de la simple descripción de la ambientación... Bien escrito y sumamente rápido de leer, es un buen comienzo para una nueva serie sobre vampiros, que seguramente será un éxito entre los lectores que buscan una historia ligera pero entretenida".

--Reseña de *Black Lagoon* {respecto a *Turned*}

"Lleno de acción, romance, aventura y suspenso. Este libro es una maravillosa adición a esta serie y lo dejará deseando más de Morgan Rice".

--vampirebooksite.com {respecto a *Loved*}

"Morgan Rice se demuestra a sí misma una vez más, que es una narradora de gran talento... Esto atraerá a una gran audiencia, incluyendo a los aficionados más jóvenes, del género de los vampiros y de la fantasía. El final de suspenso inesperado lo dejará estupefacto".

--RESEÑAS DE *THE ROMANCE* {respecto a *Loved*}

Acerca de Morgan Rice

Morgan es la escritora número uno de bestsellers de las series para adultos jóvenes de THE VAMPIRE JOURNALS, (DIARIO DE UN VAMPIRO) que comprende ocho libros, que han sido traducidos a seis idiomas.

Morgan también es autora del libro bestseller #1: ARENA UNO y ARENA DOS, que son los primeros dos libros de la TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, una novela de suspenso, de acción apocalíptica, ambientada en el futuro.

Morgan también es autora de la serie de fantasía, bestseller # 1 de THE SORCERER'S RING, (EL ANILLO DEL HECHICERO), (GRATIS) que comprende seis libros, y siguen sumándose.

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para mantenerse en contacto.

Libros de Morgan Rice

THE SORCERER'S RING (EL ANILLO DEL HECHICERO)

A QUEST OF HEROES (Libro #1 del Anillo del Hechicero)

A MARCH OF KINGS (Libro #2 del Anillo del Hechicero)

A FEAST OF DRAGONS (Libro #3 del Anillo del Hechicero)

A CLASH OF HONOR (Libro #4 del Anillo del Hechicero)

A VOW OF GLORY (Libro #5 del Anillo del Hechicero)

A CHARGE OF VALOR (Libro #6 del Anillo del Hechicero)

A RITE OF SWORDS (Libro #7 del Anillo del Hechicero)
A GRANT OF ARMS (Libro #8 del Anillo del Hechicero)
A SKY OF SPELLS (Libro #9 del Anillo del Hechicero)
A SEA OF SHIELDS (Libro #10 del Anillo del Hechicero)
A REIGN OF STEEL (Libro #11 del Anillo del Hechicero)

THE SURVIVAL TRILOGY (LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA)

ARENA ONE (ARENA UNO): SLAVERUNNERS
(TRATANTES DE ESCLAVOS)

(Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia)

ARENA TWO (ARENA DOS)

(Libro #2 de la Trilogía de Supervivencia)

THE VAMPIRE JOURNALS (DIARIO DE UN VAMPIRO)

TURNED (Libro #1 del Diario de un Vampiro)

LOVED (Libro #2 del Diario de un Vampiro)

BETRAYED (Libro #3 del Diario de un Vampiro)

DESTINED (Libro #4 del Diario de un Vampiro)

DESIRED (Libro #5 del Diario de un Vampiro)

BETROTHED (Libro #6 del Diario de un Vampiro)

VOWED (Libro #7 del Diario de un Vampiro)

FOUND (Libro #8 del Diario de un Vampiro)

RESURRECTED (Libro #9 del Legado de un Vampira)

CRAVED (Libro #10 of del Legado de un Vampiro)

THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡Escucha!

[Amazon](#)
[Audible](#)

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en un sistema de base de datos o de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si usted desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir una copia adicional para cada beneficiario. Si usted está leyendo este libro y no lo compró o no se compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o son usados ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es solo coincidencia.

Título original: Turned

Traducción: Alejandra Ramos

© 2011, Morgan Rice

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

¿Y es saludable ir descubierto

y aspirar las emanaciones de la húmeda alborada?

¡Qué! ¿Bruto está enfermo y abandona su sano lecho para exponerse al pernicioso contagio de la noche?

WILLIAM SHAKESPEARE, Julio César

UNO

Caitlin Paine siempre temió el primer día de clases en una escuela nueva. Ocurrían situaciones relevantes, como conocer a los nuevos amigos y maestros o aprender los nuevos caminos. Pero también había situaciones más triviales, como conseguir un casillero y familiarizarse con el aroma y los sonidos de un nuevo lugar. Sin embargo, lo que más le atemorizaba eran las miradas.

Cada vez que llegaba a un sitio que no conocía, sentía que la gente la observaba. Lo único que ella deseaba era anonimato, y sin embargo, nunca lo conseguía.

Caitlin no entendía qué la hacía tan llamativa. No era particularmente alta, tan solo medía metro y medio, y además, su cabello y sus ojos cafés, en conjunto con su peso promedio, la hacían sentir bastante ordinaria. Ciertamente no se sentía hermosa como le parecían algunas de las otras chicas. Tenía dieciocho años pero lucía algo mayor, aunque no lo suficiente como para hacerla sobresalir.

Había algo más. Existía otra cosa en ella que siempre provocaba que la gente volteara más de una vez a mirarla. En el fondo, sabía que era diferente, solo que no estaba segura de por qué.

Si acaso existía algo peor que el primer día de clases, eso era empezar un curso escolar a mitad del semestre, cuando todo mundo ya había tenido algo de tiempo para hacer amistades. Hoy, este primer día, a mediados de marzo, iba a ser el más terrible de todos. Caitlin podía presentirlo. No obstante, ni siquiera en sus peores pesadillas imaginó que sería así de malo. Nada de lo que había visto —y vaya que había visto bastante—, la pudo preparar para algo así.

Caitlin estaba parada frente a su nueva escuela, una enorme preparatoria pública de Nueva York. La helada mañana de marzo le hacía preguntarse: “¿Por qué yo?”

Su atuendo era insuficiente para el frío: solo un suéter y

leggings. Además, no estaba preparada en lo absoluto para el ruidoso caos que la recibió, había cientos de chicos gritando, vociferando y empujándose. Parecía el patio de una prisión.

Predominaba el ruido. Todos ahí reían escandalosamente, decían montones de groserías y se empujaban con gran rudeza. De no haber detectado algunas sonrisas y risitas burlonas, habría pensado que se trataba de una reyerta masiva.

Los chicos desbordaban energía, y Caitlin por el contrario, exhausta, desvelada y a punto de congelarse, no podía entender de dónde provenía ésta. Cerró los ojos y deseó desaparecer.

Buscó en sus bolsillos y sintió algo: su iPod. “Sí.”

Se colocó los audífonos y lo encendió. Necesitaba ahogar todo el barullo exterior.

Pero no escuchó nada. Miró hacia abajo y se percató de que la batería se había agotado. “Perfecto.”

Revisó su celular con deseos de que algo la distrajera, cualquier cosa. “No hay mensajes nuevos.”

Cuando volvió la vista al frente, vio el mar de rostros nuevos y se sintió sola. Pero no porque fuera la única chica blanca, de hecho, lo prefería así. Algunos de sus amigos más cercanos en las otras escuelas eran negros, latinos, asiáticos e hindúes, en tanto que algunos de sus enemigos más acérrimos habían sido blancos. No, no se trataba de eso. Se sentía sola porque el entorno era urbano. Estaba parada sobre concreto. Cuando entró a la zona recreativa se escuchó un ruidoso timbre y Caitlin tuvo que atravesar unos grandes portones de metal. Ahora estaba

encerrada, enjaulada tras las gigantescas puertas coronadas con alambre de púas. Tenía la sensación de estar en la cárcel.

Ver la enorme escuela y los barrotes en todas las ventanas, no mejoró sus ánimos. Por lo general, ella siempre se adaptaba con facilidad a las nuevas escuelas, sin importar el tamaño. Pero en todos los casos, se trató de colegios a las afueras de la ciudad. En todas ellas había césped, árboles y cielo. Aquí, sin embargo, no había otra cosa que no fuera urbana. Se le dificultaba respirar. Estaba aterrada.

Al escuchar un segundo timbrado, comenzó a arrastrar los pies hacia la entrada junto a los otros cientos de chicos. Una joven gorda la empujó con brusquedad y a Caitlin se le cayó su diario. Lo levantó, y cuando lo hizo, se despeinó. Luego alzó la mirada para ver si la chica se disculpaba, pero no la vio más —se había ido junto con el enjambre—. Escuchó risas pero le fue imposible determinar si ella era el blanco de las mismas.

Apretó su diario, lo único que la hacía sentir real. La había acompañado a todos los lugares. Lo usaba para hacer notas y dibujos en todos los sitios a donde iba; era el mapa de su niñez.

Por fin llegó a la entrada. Ahí tuvo que apretujarse entre los otros para ingresar. Aquello era como subir al metro en hora pico. Creyó que adentro haría un poco de calor, pero las puertas que se quedaron abiertas tras ella dejaron pasar una corriente de aire frío que le llegaba directamente a la espalda, y eso la hizo sentir aún peor.

Al ingresar había dos enormes guardias de seguridad, y a su

lado, dos policías de la ciudad de Nueva York. Ambos vestían el uniforme completo y portaban ostentosamente sus armas.

—¡No se detengan! —ordenó uno de ellos.

Caitlin no podía imaginar por qué dos policías armados habrían de cuidar la entrada de una preparatoria. Su temor se acrecentó y empeoró cuando miró hacia arriba y se dio cuenta de que tendría que atravesar un detector de metales del mismo tipo de los que usan para la seguridad en los aeropuertos.

A cada lado del detector había otros cuatro policías armados, y dos guardias de seguridad más.

—¡Vacíen sus bolsillos! —gritó con brusquedad un guardia.

Caitlin notó que los otros chicos sacaban los objetos de sus bolsillos y los depositaban en pequeñas charolas de plástico. Los imitó de inmediato y entregó su iPod, la billetera y las llaves.

Pasó por el detector arrastrando los pies y se activó la alarma.

—¡Tú! —gritó un guardia—. ¡Colócate a un lado!

“Por supuesto.”

Los demás se le quedaron viendo mientras levantaba los brazos y el guardia pasaba el detector manual a lo largo de todo su cuerpo.

—¡Llevas algo de joyería?

Caitlin se tocó las muñecas y el cuello. De repente recordó: su cruz.

—¡Quítatela! —le dijo el guardia groseramente.

Era el collar que le había dado su abuela antes de morir; una pequeña cruz de plata que tenía grabada una frase en latín que

nunca tradujo. Su abuela le dijo que a ella se la había entregado su propia abuela. Caitlin no practicaba ninguna religión y en realidad no entendía bien lo que significaba; sin embargo, estaba consciente de que tenía cientos de años y de que era el objeto más valioso que poseía.

Separó la cruz de su blusa y la mantuvo arriba, pero no se la quitó.

—Preferiría no hacerlo —respondió.

El guardia la miró con frialdad inconmensurable.

De repente hubo conmoción. Todo mundo gritó cuando un policía sujetó a un chico alto y delgado, lo aventó contra el muro y lo despojó de una navaja que traía en el bolsillo.

El guardia de seguridad fue a ayudar al policía y Caitlin aprovechó para deslizarse entre la multitud que caminaba por el pasillo.

“Bienvenida a la escuela pública de Nueva York”, pensó Caitlin. “Genial.”

Comenzó a contar los días que faltaban para graduarse.

Aquellos corredores eran los más amplios que había visto. Parecía imposible imaginar que alguna vez podrían llenarse, y sin embargo, estaban repletos de chicos que caminaban hombro contra hombro. Debían ser miles de personas en esos pasillos; el mar de rostros se extendía y parecía no tener fin. Aquí, el ruido era mucho peor; rebotaba en los muros y se condensaba. Caitlin quería cubrirse las orejas, pero ni siquiera tenía espacio para levantar los brazos. De pronto, sintió claustrofobia.

Sonó la campana y la energía se incrementó.

“Ya voy retrasada.”

Revisó una vez más su tarjetón y, finalmente, vio a lo lejos el salón que le correspondía. Trató de atravesar el mar de cuerpos, pero no lograba avanzar. Después de varios intentos, se dio cuenta de que tenía que ser agresiva. Comenzó a golpear a los otros con los codos y a empujarlos cuando ellos la empujaban. Dejándolos atrás uno por uno, Caitlin logró pasar por entre los jóvenes que llenaban el amplio pasillo y abrió la pesada puerta del salón.

Se rodeó con los brazos. De ese modo enfrentó todas las miradas dirigidas a ella, la chica nueva que había llegado tarde. Imaginó que el maestro la regañaría por interrumpir, pero se quedó atónita al descubrir que no sería así en lo absoluto. Aunque el salón estaba diseñado para treinta alumnos, había cincuenta, estaba repleto. Algunos de los chicos ya estaban en sus asientos, otros caminaban por entre los mesabancos gritándose. Era un caos.

A pesar de que la campana había sonado cinco minutos antes, el maestro, despeinado y con el traje arrugado, ni siquiera había comenzado la clase. De hecho, estaba sentado con los pies sobre el escritorio, leyendo el periódico e ignorando a todo mundo.

Caitlin se acercó a él y colocó su nueva credencial de identificación sobre el escritorio. Se mantuvo de pie ahí y esperó a que el maestro la mirara, pero él no lo hizo.

Finalmente, aclaró la garganta.

—Disculpe.

El maestro bajó su periódico con reticencia.

—Soy Caitlin Paine. Soy nueva. Creo que tengo que entregarle esto.

—Yo solo soy un suplente —le contestó y levantó de nuevo el periódico, ignorándola.

Ella permaneció ahí confundida.

—Entonces —preguntó—, ¿usted no registra la asistencia?

—Tu maestro va a regresar el lunes —contestó con brusquedad—. Él se encargará de eso.

Al darse cuenta de que la conversación había terminado, Caitlin recogió su credencial.

Volteó y miró el salón. El caos continuaba. Si acaso había algo bueno en esta situación, era que, por lo menos, nadie la había notado. Parecía no importarles lo que sucedía, ni reparar en su presencia.

Por otra parte, revisar desde ahí el salón repleto era muy angustiante pues no había ningún lugar vacío para sentarse.

Adoptó una actitud de fortaleza y, apretando contra sí su diario, caminó con vacilación por uno de los pasillos. Por momentos se estremecía al avanzar entre los chicos que se gritaban entre sí con cinismo. Cuando llegó al fondo del salón pudo ver el panorama completo.

No había un solo asiento vacío. Se quedó ahí de pie, sintiéndose estúpida. Entonces, se dio cuenta de que los otros chicos comenzaron a notarla. No sabía qué hacer. Por supuesto,

no iba a permanecer en ese lugar de pie toda la clase, y al maestro sustituto no parecía importarle. Volteó y volvió a revisar el salón sin éxito.

A unos pasillos de distancia, escuchó risitas y estuvo segura de que se burlaban de ella. No vestía como los demás y tampoco lucía como ellos. Se ruborizó y sintió que estaba llamando demasiado la atención.

Cuando estaba a punto de abandonar el salón, y tal vez, incluso la escuela, escuchó una voz.

—Aquí.

Caitlin volteó.

En la última hilera, junto a la ventana, había un chico alto parado junto a su mesabanco.

—Siéntate —dijo—. Por favor.

Se hizo un silencio momentáneo en el salón mientras los otros esperaban ver cómo reaccionaría ella.

Caminó hacia él. Trató de no mirarlo directamente a los ojos —a sus grandes y brillantes ojos verdes—, pero no pudo evitarlo. Era encantador. Tenía una piel suave y aceitunada que hacía imposible saber si era negro, latino, blanco o algún tipo de combinación. Jamás había visto una piel tan tersa y una mandíbula tan bien definida. Era delgado, de cabello corto y castaño. Había algo en él que estaba tan fuera de lugar... Parecía frágil, como un artista, tal vez.

Era realmente difícil que un chico le impactara tanto. Había visto a sus amigas enloquecer por alguien, pero era algo que ella

en realidad no comprendía bien. Hasta ahora.

—¿Y en dónde te vas a sentar tú? —preguntó Caitlin.

Trató de controlar su voz, pero no sonaba convincente. Esperaba que él no advirtiera lo nerviosa que estaba.

Él le brindó una gran sonrisa que reveló la perfección de sus dientes.

—Justo aquí —dijo él, y se movió hacia la base de la ventana que quedaba a unos cuantos pasos.

Lo miró y él le correspondió. Sus miradas se mantuvieron fijas. Ella trató de forzarse a voltear en otra dirección pero no pudo hacerlo.

—Gracias —dijo Caitlin, sintiéndose de inmediato enojada consigo misma.

“¿Gracias? ¿Eso es lo único que se te ocurre? ¡¿Gracias?!”

—¡Muy bien, Barack! —se escuchó una voz gritar—. ¡Cédele tu asiento a esa linda niña blanca!

Se escucharon más risas y de pronto, el salón volvió a llenarse de ruido y todos los ignoraron de nuevo. Caitlin vio que el chico bajaba la mirada avergonzado.

—¿Barack? —preguntó—, ¿así te llamas?

—No —contestó él, ruborizado—. Así me llaman, como a Obama. Dicen que me parezco.

Caitlin lo miró con cuidado y se dio cuenta de que sí, efectivamente se parecía.

—Es porque soy parte negro, parte blanco y parte puertorriqueño.

—Vaya, pues creo que es un cumplido —dijo ella.

—No de la manera en que ellos lo dicen —respondió el chico.

Caitlin lo vio sentarse en la base de la ventana un tanto apocado. Se dio cuenta de que era bastante sensible, incluso vulnerable. No parecía formar parte de este grupo de chicos. Era una locura pero, hasta sintió deseos de protegerlo.

—Soy Caitlin —le dijo, extendiendo la mano y mirándolo directo a los ojos.

Sorprendido, él la vio y volvió a sonreír.

—Jonah —le contestó.

Al estrechar su mano con firmeza, Caitlin sintió su brazo temblar mientras él la envolvía con su suave piel. Tenía la sensación de que se derretía y no pudo evitar sonreír cuando él sujetó su mano un poco más de lo normal.

El resto de la mañana pasó sin advertirlo, y para cuando Caitlin llegó a la cafetería, tenía bastante hambre. Abrió las puertas de vaivén y se abrumó al enfrentar el enorme comedor y el increíble ruido que producían los chicos que con sus gritos parecían ser mil. Era como entrar a un gimnasio. La diferencia radicaba en que cada cinco metros, a lo largo de los pasillos, había un guardia de seguridad que observaba todo cuidadosamente.

Como de costumbre, Caitlin no sabía a dónde dirigirse. Escudriñó el enorme salón y, finalmente, vio una pila de charolas. Tomó una y se formó en lo que creyó era la fila para

ordenar la comida.

—¡No te metas, perra!

Caitlin volteó y se topó con una chica gorda y enorme, quince centímetros más alta que ella y de muy mala cara.

—Lo siento, no sabía que...

—¡La fila acaba allá atrás! —gritó otra chica, señalándole con el pulgar.

Caitlin miró hacia atrás y se dio cuenta de que había, por lo menos, cien personas en la fila. La espera sería como de veinte minutos.

Cuando se dirigió a la cola, un chico que estaba formado empujó a otro: éste cayó frente a ella, golpeando el piso con fuerza.

El primer chico saltó sobre el otro y comenzó a pegarle en la cara.

En la cafetería estalló un rugido de emoción, y montones de muchachos los rodearon.

—¡Pelea, pelea!

Caitlin dio varios pasos hacia atrás mientras observaba horrorizada la violenta escena a sus pies.

Finalmente, cuatro guardias de seguridad se acercaron y detuvieron el altercado; separaron a los dos chicos ensangrentados y se los llevaron. Pero los guardias no parecían tener ninguna prisa.

Cuando Caitlin por fin pudo comprar su almuerzo, volvió a revisar el comedor tratando de encontrar a Jonah, pero no lo

encontró por ningún lado.

Caminó por los pasillos y vio que, mesa tras mesa, estaba repleta de jóvenes. Casi no había asientos vacíos, y los pocos disponibles, se encontraban junto a grandes grupos de amigos que no mostraban gran calidez.

Finalmente, tomó un asiento que estaba en una mesa hacia el fondo del comedor; estaba vacía excepto por un chico sentado en el extremo. Era un bajito y frágil muchacho chino con aparatos dentales. Vestía mal y tenía la cabeza agachada; estaba enfocado en su almuerzo.

Caitlin se sentía sola. Miró hacia abajo y revisó su celular. En Facebook, había algunos mensajes de sus amigos del último pueblo en donde vivió. Querían saber cómo le iba en la nueva ciudad. Por alguna razón, no sintió ganas de contestarles; los percibía tan lejos...

Apenas si pudo comer, todavía tenía esa sensación de náuseas del primer día de clases. Trató de pensar en algo diferente. Cerró los ojos y recordó el nuevo departamento. Estaba en un asqueroso edificio de la calle 132, y para llegar a él tenía que subir cinco pisos por las escaleras. Sintió más náuseas, por lo que respiró hondo e intentó enfocarse en algo, cualquier cosa buena que existiera en su vida.

Sam, su hermanito. Tenía quince años pero parecía estar a punto de cumplir veinte. Solía olvidar que él era el hermano menor; siempre actuaba como si fuera mayor que ella. Había tenido una vida difícil y se había vuelto bastante hosco debido a

tantas mudanzas, al hecho de que su padre los había abandonado y a que su madre los trataba mal a ambos. Caitlin se daba cuenta de que la situación estaba sobrepasando a su hermano y que había comenzado a encerrarse en sí mismo; ella temía que las cosas siguieran empeorando.

Sin embargo, a pesar de todo lo que Sam enfrentaba, adoraba a Caitlin. Y ella a él. Sam era la única constante en su vida, la única persona en quien podía confiar. Además, a Caitlin le parecía que su hermano había conservado solo una debilidad: ella. Era por eso que estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para protegerlo.

—¿Caitlin?

Sintió un sobresalto.

Junto a ella, con la charola en una mano y el estuche de violín en la otra, estaba Jonah.

—¿Te molesta si me siento contigo?

—Sí, vaya, quise decir, no —dijo con vacilación.

“Idiota —pensó—. Deja de mostrarte tan nerviosa.”

Jonah le brindó esa fulgurante sonrisa que tenía, y se sentó frente a ella, perfectamente derecho, con una postura impecable. Colocó con cuidado el estuche del violín a su lado. Después puso, con mucha suavidad, su comida sobre la mesa. Había algo respecto a él que Caitlin no podía descifrar. Era distinto a todas las personas que había conocido antes. Era como de otra época; definitivamente parecía fuera de lugar en esa escuela.

—¿Cómo te fue en tu primer día? —le preguntó.

—No fue lo que esperaba.

—Sé a lo que te refieres —dijo Jonah.

—¿Es un violín?

Caitlin señaló el instrumento con un gesto. El estuche estaba cerrado y Jonah mantenía una mano sobre él como si tuviera miedo de que alguien lo robara.

—De hecho, es una viola. Es solo un poco más grande que el violín, pero tiene un sonido completamente distinto. Es más melodioso.

Caitlin jamás había visto una viola, y esperaba que Jonah la pusiera sobre la mesa y se la mostrara. Pero él ni siquiera lo intentó y ella no quería entrometerse. La mano del chico continuaba sobre el estuche, protegiéndolo como si fuera algo muy personal y privado.

—¿Y practicas mucho?

Jonah se encogió de hombros.

—Solo unas cuantas horas al día —dijo en un tono casual.

—¿Unas cuantas horas?! ¡Seguramente tocas muy bien!

Él volvió a encoger los hombros.

—Supongo que no lo hago mal. Hay muchos violistas que son mejores que yo. En realidad, espero que tocar la viola sea lo que me saque de aquí.

—Yo siempre quise tocar el piano —agregó Caitlin.

—¿Y por qué no lo haces?

Ella le iba a contestar: “Nunca he tenido un piano.” Pero no dijo nada. En lugar de eso, se encogió de hombros y volvió a

mirar su almuerzo.

—No necesitas tener un piano —le dijo Jonah.

Ella lo miró sorprendida pues parecía haber leído sus pensamientos.

—En esta escuela hay un salón de ensayos. A pesar de todo lo negativo, tiene algunas ventajas. Puedes tomar clases gratis, solo tienes que inscribirte.

Caitlin abrió más los ojos.

—¿En serio?

—Afuera del salón de ensayos hay una hoja para matricularse. Pregunta por la señora Lennox y dile que eres amiga mía.

“Amiga.” A Caitlin le gustó cómo sonaba la palabra. Sintió que poco a poco la invadía cierta felicidad. Sonrió por completo y sus miradas se cruzaron por un momento.

Cuando observó sus brillantes ojos verdes, ardió en ella el deseo de hacerle un millón de preguntas: “¿Tienes novia? ¿Por qué eres tan amable? ¿En verdad te agrado?”

Pero en lugar de eso, solo apretó los labios y se quedó callada.

Temerosa de que el tiempo que estaban pasando juntos se acabara pronto, buscó en su mente algo que pudiera preguntarle para extender la conversación. Trató de pensar en algo que le garantizara volver a verlo pero los nervios se apoderaron de ella, y se paralizó.

Finalmente, abrió la boca y, en ese preciso momento, sonó la campana. El ruido y el movimiento estallaron en el comedor. Jonah se puso de pie y sujetó su viola.

—Se me hace tarde —dijo Jonah, preparándose para retirar su charola de la mesa... Miró la de Caitlin.

—¿Quieres que retire la tuya?

Ella volteó hacia abajo; se dio cuenta de que se le había olvidado y negó con la cabeza.

—Está bien —agregó Jonah.

Se quedó ahí de pie, sintiendo de pronto gran timidez, y sin saber qué decir.

—Bien, pues te veo luego.

—Sí, nos vemos —contestó Caitlin desganada, y apenas perceptiblemente.

Su primer día de clases había terminado. Caitlin salió del edificio y se encontró con la soleada tarde de marzo. A pesar de que el viento soplaba con fuerza, ella ya no sintió frío, y aunque que todos los chicos gritaban mientras salían, el ruido no le afectó más. Se sentía viva y libre. El resto de la jornada había pasado como entre sueños, ni siquiera recordaba el nombre de uno solo de sus profesores nuevos.

No podía dejar de pensar en Jonah.

Se preguntaba si no habría actuado como una tonta en la cafetería. Las palabras se le habían atorado en la boca y casi no averiguó nada sobre él. Lo único que se le ocurrió fue cuestionarlo sobre la estúpida viola, cuando pudo haberle preguntado en dónde vivía, de dónde era y a qué universidad quería entrar. En especial, pudo haberle preguntado si tenía novia. Un chico como él seguramente estaba saliendo con

alguien.

En ese preciso momento, una chica latina guapa y bien vestida pasó cerca de ella y la empujó. Caitlin la vio de la cabeza a los pies, y se preguntó por un instante si no sería ella quien salía con Jonah.

Dio vuelta en la calle 134 y de pronto olvidó adónde se dirigía. Nunca había caminado a casa de regreso de la escuela; su mente estaba en blanco y no recordaba dónde se encontraba el nuevo departamento. Permaneció de pie en la esquina, desorientada. Una nube ocultó al sol y el viento arreció. Repentinamente, sintió frío de nuevo.

—¡Hey, amiga!

Caitlin volteó y se dio cuenta de que estaba frente a una asquerosa bodega en la esquina. Afuera había cuatro hombres con mala pinta sentados en sillas de plástico. Parecían no tener frío; le sonrieron como si ella fuera la siguiente comida que devorarían.

—¡Ven aquí, nena! —gritó otro de ellos.

De pronto se acordó.

“Calle 132. Eso es.”

Giró con rapidez y comenzó a caminar vigorosamente hacia una calle paralela. Miró hacia atrás varias veces para asegurarse de que aquellos hombres no la estuvieran siguiendo. Por fortuna no fue así.

El viento helado le laceró las mejillas y la hizo sentirse más alerta, justo al mismo tiempo en que comenzó a caer en cuenta

de la realidad de su nuevo vecindario. Observó a su alrededor; vio los autos abandonados, los muros grafitados, los alambres de púas, los barrotes de las ventanas... De pronto se sintió muy sola y con mucho miedo.

Solo faltaban tres cuadras para llegar a su departamento pero a ella le parecía una eternidad. Deseó tener un amigo a su lado, o aún mejor, a Jonah. Se preguntó si sería capaz de realizar esta solitaria caminata todos los días. Se enfadó con su madre una vez más. ¿Cómo era posible que siguiera obligándola a mudarse y a instalarse en lugares horribles? ¿Cuándo terminaría todo aquello?

Un vidrio roto.

El corazón de Caitlin se aceleró aún más en cuanto vio que a su izquierda, al otro lado de la calle, sucedía algo. Caminó con rapidez y trató de mantener la mirada en el suelo, pero cuando se acercó, escuchó gritos y unas grotescas risotadas. No pudo evitar percatarse de lo que estaba sucediendo.

Cuatro enormes muchachos, como de dieciocho o diecinueve años tal vez, sometían a otro chico. Dos de ellos le sujetaban los brazos, mientras uno más lo golpeaba en el estómago y el último, en la cara. El chico, de unos diecisiete años, delgado e indefenso, cayó al suelo. Dos de los muchachos se acercaron de nuevo y comenzaron a patearle la cara. A pesar de que no quería hacerlo, Caitlin se detuvo y los miró. Estaba horrorizada porque nunca había visto nada igual.

Los otros dos muchachos caminaron alrededor de su víctima.

Levantaron las piernas con botas y se las estamparon de nuevo. Caitlin temió que golpearan al chico hasta matarlo.

—¡No! —gritó.

Ellos dejaron caer sus botas y se escuchó un espantoso crujido. Pero no fue el sonido de un hueso roto, era más bien como el crujido que hace la madera. El ruido que produce la madera cuando se rompe. Caitlin se percató de que pisoteaban un pequeño instrumento musical; miró con más cuidado y alcanzó a ver que había trocitos de la viola esparcidos por toda la acera.

Aterrada, se cubrió la boca con la mano.

—¿Jonah?!

Sin siquiera pensarlo, Caitlin cruzó la calle y se dirigió al grupo de jóvenes; entonces, algunos notaron su presencia. Se miraron, sonrieron con malicia y se codearon entre sí.

Caitlin caminó directamente hacia la víctima y corroboró que se trataba de Jonah. Tenía el rostro golpeado y ensangrentado, además, estaba inconsciente.

La chica miró los muchachos; su ira era más poderosa que su miedo. Se quedó de pie entre ellos y Jonah.

—¡Déjenlo en paz! —les gritó.

El chico que estaba en medio era musculoso y medía casi dos metros. Como respuesta a Caitlin, se rió.

—¿Y si no, qué? —preguntó con una grave voz.

De pronto Caitlin se sintió abrumada cuando se percató de que acababan de empujarla con fuerza por atrás. Levantó los codos justo cuando golpeó el concreto, pero eso apenas si amortiguó su

caída. Por el rabillo del ojo vio que su diario salía volando y que las hojas volaban por todos lados.

Escuchó risas y pasos que se acercaban a ella.

El corazón le palpitaba con fuerza, y una descarga de adrenalina se apoderó de ella. Logró rodar y ponerse trabajosamente de pie antes de que llegaran hasta ella. Comenzó a correr por un callejón, a correr por su vida.

Los chicos la seguían muy de cerca.

En aquel tiempo en el que Caitlin creía que existía un buen futuro para ella en algún lugar, se inscribió —en una de las tantas escuelas a las que había asistido— en carrera de pista y descubrió que era buena para ello. De hecho, era la mejor del equipo. No en carrera larga, sino en la de cien metros. Incluso, podía correr más rápido que la mayoría de los varones.

Ahora, de pronto, toda esa experiencia venía de nuevo a ella. Estaba corriendo para salvar su vida y aquellos chicos no podrían alcanzarla.

Caitlin miró hacia atrás y vio cuán lejos estaban. Los había superado en la carrera y se sintió optimista. Lo único que le restaba hacer era dar vuelta en los lugares correctos.

El callejón en donde estaba terminaba en una T, por lo que podía ir a la izquierda o a la derecha. Si quería mantenerse al frente, no tendría tiempo para cambiar su decisión, y necesitaba decidir con rapidez. Sin embargo, no podía ver lo que había en cada una de las vueltas. A ciegas, giró a la izquierda.

Oró porque fuera la decisión correcta. “Vamos. ¡Por favor!”

Su corazón se detuvo cuando dio la vuelta y se encontró con el callejón sin salida frente a ella. Había sido el movimiento equivocado. Corrió hasta la pared buscando una salida, cualquiera. Al notar que no había ninguna, giró para ver de frente a sus atacantes.

Sin aliento, Caitlin los vio dar vuelta en la esquina y aproximarse a ella. Miró hacia el otro lado y se dio cuenta de que, si hubiera dado vuelta a la derecha, habría podido escapar y llegar a casa. Por supuesto, todo había sido cuestión de suerte.

—Muy bien, perra —dijo uno de ellos—. Ahora vas a sufrir.

Al percatarse de que no tendría por dónde escapar, los muchachos se acercaron lentamente a ella resollando, sonriendo y deleitándose con la violencia que se avecinaba.

Caitlin cerró los ojos y respiró hondo. Deseó que Jonah volviera en sí, que apareciera en la esquina, despierto y lleno de energía, listo para salvarla. Pero cuando abrió los ojos, él no estaba ahí.

A los únicos que pudo ver fue a sus atacantes, acercándose.

Pensó en su madre, en cuánto la odiaba, en todos los lugares en los que la había obligado a vivir. Pensó en su hermano Sam. Se preguntó cómo sería la vida después de este día.

Reparó en toda su vida, en cómo ésta la había tratado, en que nunca nadie la había entendido, en que todo eso se había acumulado. Y de pronto, comprendió algo. De alguna manera, supo que ya había tenido suficiente.

“Yo no merezco esto: ¡Yo no lo merezco!”

Y entonces, repentinamente, lo sintió.

Fue como una oleada, algo que jamás había experimentado. Era una ola de ira que la inundaba, que agitaba su sangre. Se centró en su estómago y, de ahí, se esparció por todos lados. Tenía la impresión de que sus pies estaban enraizados en el piso, como si el concreto y ella fueran uno solo. Una fuerza primitiva la sobrecogía, corría por sus muñecas y subía por sus brazos hasta los hombros.

Caitlin emitió un rugido salvaje que sorprendió y asustó a todos, incluso a ella misma. En el momento en que el primer chico se acercó y le sujetó la muñeca con fuerza, ella vio cómo su mano reaccionó por sí misma: aprovechó para tomar, a su vez, la muñeca de su atacante, y luego la torció hacia atrás en el ángulo correcto. El rostro del chico se contrajo por la conmoción, al mismo tiempo que la muñeca, y luego el brazo, se le quebraban en dos partes. Cayó de rodillas gritando.

Sorprendidos, los otros tres chicos abrieron bien los ojos.

El más grande de ellos arremetió contra Caitlin.

—Tú, maldi...

Antes de que siquiera pudiera acabar la frase, ella saltó al aire y le plantó los dos pies directamente en el pecho. Él salió volando unos cinco metros y se estrelló contra una pila de contenedores de basura metálicos, quedándose inmóvil.

Los otros dos se miraron conmocionados. Estaban demasiado espantados.

Al sentir aquella fuerza sobrehumana que corría por su cuerpo, Caitlin dio un paso al frente y se escuchó a sí misma gruñir cuando sujetó a los dos chicos, los cuales eran del doble de su tamaño, elevándolos bastante del piso con una sola mano.

Una vez que los tuvo colgando en el aire, los balanceó hacia atrás y luego hacia el frente, haciéndolos chocar entre ellos con una fuerza increíble. Ambos se desplomaron en el suelo.

Caitlin se quedó ahí de pie, bufando de cólera.

Ninguno de los cuatro chicos se movía.

Pero ella no se sentía aliviada; por el contrario, quería más chicos con quienes pelear, más cuerpos para arrojar.

También deseaba algo más.

De pronto tuvo una visión cristalina y pudo apreciar con lujo de detalle sus cuellos expuestos, distinguía cada milímetro. Desde donde estaba, podía observar claramente cómo palpitaban esas venas. Quería morderlos y alimentarse de ellos.

Sin entender lo que le estaba sucediendo, echó la cabeza hacia atrás y emitió un alarido sobrenatural que hizo eco en los edificios extendiéndose por toda la cuadra. Era el primitivo aullido de la victoria y de la ira insatisfecha.

Era el aullido de un animal que deseaba más.

DOS

Caitlin se encontraba de pie frente a la puerta del nuevo departamento, con los ojos fijos en ella. De pronto, se dio cuenta en dónde estaba. No tenía idea de cómo había llegado ahí. Lo último que recordaba era que había estado en el callejón. De

alguna manera había vuelto por sí sola a casa.

A pesar de todo, podía evocar en su cabeza cada segundo de lo sucedido en el callejón. Trató de borrarlo de su mente pero no lo logró. Miró sus brazos y manos en espera de que lucieran diferentes, pero se veían tan normales como siempre. La ira había pasado a través de ella y la había transformado para después abandonarla con rapidez.

Sin embargo, los efectos posteriores continuaban. Para empezar, tenía una gran sensación de vacío y algo más, pero no podía entender qué era. Imágenes cruzaban por su mente, imágenes de los cuellos de los bravucones al descubierto y de los latidos de sus corazones. También, tenía hambre, ansiedad.

En realidad, Caitlin no deseaba volver a casa. No quería lidiar con su madre, particularmente hoy. No quería enfrentar el nuevo lugar, no quería desempacar. Si no hubiera sido porque Sam estaba ahí, habría dado la vuelta y se habría marchado. ¿A dónde iría? No tenía idea. Pero al menos, podría ir caminando.

Respiró hondo, estiró el brazo y puso la mano en la perilla. O la perilla estaba caliente o su mano estaba helada como el hielo.

Caitlin entró al departamento. Había demasiada luz. Pudo oler la comida que estaba en la estufa, o tal vez, en el horno de microondas. Sam siempre llegaba temprano y se preparaba la cena. Su mamá no llegaría a casa sino hasta varias horas después.

—No parece que hayas tenido un buen primer día.

Caitlin volteó, sorprendida de escuchar la voz de su madre. Estaba sentada en el sofá, fumando un cigarrillo. Miró a Caitlin

de arriba abajo con desdén.

—¿Qué?, ¿ya arruinaste ese suéter?

Caitlin bajó la mirada y notó las manchas de lodo. Tal vez eran de cuando cayó en el pavimento.

—¿Por qué llegaste tan temprano? —preguntó Caitlin.

—También fue mi primer día, ¿sabes? —le contestó con brusquedad—. No eres la única. No hubo mucho trabajo; el jefe me mandó temprano a casa.

Caitlin no soportaría más el horrendo tono que usaba su madre. No esa noche. Siempre la había tratado con un aire de superioridad, pero había llegado a su límite. Decidió que le pagaría con la misma moneda.

—Genial —le respondió rudamente Caitlin—. ¿Eso significa que nos mudaremos de nuevo?

Su madre se puso a la defensiva de inmediato.

—¡Más te vale que cuides lo que dices! —gritó.

Caitlin sabía que su madre solo había estado esperando un pretexto para gritarle. Imaginó que lo mejor sería dárselo y acabar con el asunto de una buena vez.

—No debes fumar cuando Sam está cerca —respondió Caitlin fríamente. Luego, se metió a su diminuto cuarto, azotando la puerta y echando el seguro.

Su madre comenzó a golpear la puerta de inmediato.

—¡Sal de ahí, niña malcriada! ¿Crees que ésa es la forma de hablarle a tu madre? ¿Quién te da de comer, eh?...

Caitlin estaba tan distraída aquella noche que pudo ahogar la

voz de su madre. En lugar de escucharla revivió en su mente todos los sucesos del día: las risas de aquellos chicos, el sonido de sus propios latidos en sus oídos, el sonido de sus gruñidos.

¿Qué había sucedido exactamente?, ¿de dónde había salido toda aquella fuerza?, ¿habría sido tan solo una descarga de adrenalina? Una parte de ella así lo deseaba, pero otra estaba segura de que no se trataba de eso. ¿Qué era ella?

Su madre continuaba golpeando la puerta, pero Caitlin apenas si la escuchaba. Su celular vibraba como loco sobre el escritorio; se encendía anunciando la llegada de mensajes instantáneos, de texto; correos, chats de Facebook... pero Caitlin no se percataba de ello.

Entonces, se acercó a la minúscula ventana y miró hacia abajo, a la esquina de la Avenida Amsterdam. Surgió un nuevo sonido en su mente. Era la voz de Jonah, acompañado de la imagen de su sonrisa. Se trataba de una voz acariciante, grave y profunda. Recordó lo delicado que era, lo frágil que parecía. Luego, lo vio tirado en la acera, ensangrentado junto a los fragmentos de su preciado instrumento. De nuevo, se apoderó de ella una fresca oleada de ira. Ésta se tornó en preocupación. Le inquietaba que estuviera bien, y se preguntaba si habría logrado escapar y llegar a casa. Lo imaginó llamándola. Caitlin. “Caitlin.”

—¿Caitlin?

Una nueva voz la llamaba desde el otro lado de la puerta. Perteneecía a un chico.

Despertó de su ensoñación, confundida.

—Soy Sam, déjame pasar.

Fue a la puerta y apoyó la cabeza en ella.

—Ya se fue mamá —le dijo la voz desde el otro lado—. Bajó a comprar cigarros. Vamos, déjame pasar.

Entonces, abrió la puerta.

Ahí estaba Sam mirándola; la preocupación se reflejaba en su rostro. A pesar de que tenía solo quince años se veía mucho más grande. Había crecido pronto —medía casi un metro ochenta— todavía no había embarnecido. Era larguirucho y desgarbado. Tenía el cabello negro y los ojos de color café, como los de ella. Definitivamente se parecían. Caitlin notó la angustia en su semblante: la amaba más que a nadie.

Lo dejó pasar y rápidamente cerró la puerta detrás de él.

—Lo siento —dijo Caitlin—. Es solo que no puedo lidiar con ella esta noche.

—¿Qué sucedió entre ustedes?

—Lo de siempre. En cuanto entré ya estaba provocándome.

—Creo que tuvo un día difícil —dijo Sam tratando de reconciliarlas como siempre—. Espero que no la vuelvan a despedir.

—¿A quién le importa? Nueva York, Arizona, Texas... ¿A quién le importa qué sigue? Jamás dejaremos de mudarnos.

Sam frunció el ceño y se sentó en la silla del escritorio. Ella se sintió mal de inmediato. A veces se le soltaba la boca y hablaba sin pensar. Deseó poder retractarse.

—¿Cómo te fue en tu primer día? —preguntó Caitlin para

cambiar de tema.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que bien —dijo, mientras balanceaba la silla con un pie. Luego miró a Caitlin—. ¿Y a ti?

Ella también encogió los hombros. Debió haber dicho algo con su gesto porque Sam no dejó de mirarla.

—¿Qué sucedió?

—Nada —dijo, un poco a la defensiva. Volteó y caminó hacia la ventana. Sentía cómo Sam la observaba.

—Te ves... diferente.

Ella hizo una pausa, preguntándose si él estaría enterado, si su apariencia exterior mostraba algún cambio. Tragó saliva.

—¿A qué te refieres?

Silencio.

—No lo sé —respondió al fin.

Ella continuó mirando por la ventana, observando sin razón a un hombre que estaba afuera de la bodega de la esquina entregando una bolsita de marihuana a un comprador.

—Odio este lugar —dijo Sam.

Caitlin volteó y lo miró de frente.

—Yo también.

—De hecho, estaba pensando en... —Sam bajó la cabeza— en irnos.

—¿A qué te refieres?

Sam se encogió de hombros. Caitlin lo miró; se veía verdaderamente deprimido.

—¿A dónde? —agregó.

—A buscar a papá, tal vez.

—¿Cómo? Ni siquiera tenemos idea de en dónde pueda estar.

—Podría intentarlo, sé que lo encontraría.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero podría intentarlo.

—Sam, pero, bien podría estar muerto.

—¡No digas eso! —gritó enrojecido.

—Lo siento —dijo ella.

Sam se tranquilizó.

—Acaso, ¿ya pensaste que, incluso si lo encontráramos, tal vez él no querría vernos? Después de todo, decidió irse y nunca ha tratado de comunicarse —prosiguió Caitlin.

—Tal vez mamá no se lo permite.

—O tal vez no le agradamos.

Sam golpeó el suelo con los dedos de los pies y frunció el ceño profundamente.

—Lo busqué en Facebook.

Caitlin abrió bien los ojos, estupefacta.

—¿Lo encontraste?

—No estoy seguro. Había cuatro personas con el mismo nombre. Dos de ellas no tenían fotografía, y sus perfiles eran privados. Les envié mensaje a las dos.

—¿Y?

Sam negó con la cabeza.

—No he recibido respuesta.

—Papá no estaría en Facebook.

—No puedes saberlo —contestó, poniéndose a la defensiva de nuevo.

Caitlin suspiró. Caminó hacia su cama y se recostó. Miró el techo amarillento con la pintura resquebrajada, y se preguntó cómo habrían llegado hasta ese punto. Habían sido felices en algunos pueblos, incluso su madre había parecido estar contenta entonces. Como cuando salía con aquel tipo. O al menos parecía que era suficientemente feliz para no molestar a Caitlin.

También hubo pueblos en los que ella y Sam habían hecho buenos amigos, pueblos como el anterior. Lugares en donde podrían haberse quedado el tiempo necesario para graduarse por lo menos. Pero de pronto, todo cambiaba con gran rapidez: otra vez a empacar, otra vez a despedirse. ¿Acaso era mucho pedir una infancia normal?

—Podría mudarme de vuelta a Oakville —dijo Sam de repente, interrumpiendo sus pensamientos. Oakville era el pueblo anterior. Era asombroso que Sam siempre supiera exactamente lo que cruzaba por la mente de su hermana—. Podría quedarme con algunos amigos.

Caitlin estaba muy cansada, ya había tenido suficiente por ese día. No pensaba con claridad y se sentía frustrada porque lo que estaba entendiendo era que Sam también la abandonaría, que ella ya no le importaba.

—¡Entonces vete! —le gritó sin querer. Fue como si alguien más lo hubiera dicho. Cuando escuchó la rudeza de su voz, se

arrepintió de inmediato.

¿Por qué tenía que decir cosas así? ¿Por qué no podía controlarse?

Si hubiera estado de mejor humor, si se hubiera encontrado más tranquila y no hubiera sido agredida de tantas maneras al mismo tiempo, no le habría hablado así. O, por lo menos, habría sido más amable. Habría dicho algo como: “Sé que lo que estás tratando de decir es que, sin importar cuán terrible llegara a ser la situación, jamás te irías porque no me dejarías lidiar sola con todo esto.” Pero, en lugar de eso, su humor le había hecho sacar lo peor de sí misma. Actuó con egoísmo, y le gritó.

Se sentó y vio el dolor en el rostro de Sam. Quería retractarse y decirle que lo sentía, pero estaba demasiado abrumada. Por alguna razón, no pudo ni siquiera abrir la boca.

Sam se levantó lentamente de la silla, salió del cuarto en silencio y cerró la puerta tras de sí.

“Idiota —pensó Caitlin—. Eres una idiota. ¿Por qué tienes que tratarlo de la misma forma en que te trata mamá?”

Se recostó y miró al techo. Se dio cuenta de que también le había gritado por otra razón: había cortado sus pensamientos justo en el momento en que estaba pensando en lo peor. Un oscuro presentimiento atravesaba por su mente y Sam la había interrumpido antes de que tuviera oportunidad de saber de qué se trataba.

El ex novio de su mamá. Tres pueblos atrás. Fue la única vez que había visto a su madre realmente feliz. Frank. Cincuenta

años. Bajito, fornido, calvo. Tan grueso como un tronco. Olía a loción barata. Ella tenía dieciséis años entonces.

Estaba doblando su ropa en el minúsculo cuarto de lavado, cuando apareció Frank en la puerta. Era un tipo raro que no dejaba de observarla. Frank se agachó y levantó unas pantaletas de ella. Caitlin sintió que la vergüenza y la ira le encendían las mejillas. Él las sostuvo en el aire, sonriente.

—Se te cayeron —le dijo, todavía sonriendo. Caitlin se las arrebató.

—¿Qué quieres? —le gritó.

—¿Qué forma es esa de hablarle a tu nuevo padrastro?

Dio un paso hacia ella.

—Tú no eres mi padrastro.

—Pero lo voy a ser... muy pronto.

Trató de continuar doblando la ropa, pero él avanzó más. Estaba demasiado cerca. El corazón de Caitlin comenzó a palpar con fuerza.

—Creo que llegó el momento de conocernos un poco mejor —le dijo mientras se quitaba el cinturón—. ¿No crees?

Se sintió aterrada. Trató de pasar por el angosto hueco que había junto a él y llegar a la puerta del cuartito, pero cuando lo intentó, él se lo impidió. La sujetó con violencia y la empujó contra la pared.

Y entonces, sucedió.

La rabia la invadió, fue algo que jamás había experimentado. Sintió que su cuerpo se calentaba, que ardía de los pies a

la cabeza. Cuando él se le acercó, Caitlin saltó y lo pateó directamente en el pecho con ambas piernas. A pesar de ser de un tercio del tamaño de Frank, lo hizo volar de espaldas hacia la puerta. La madera se desprendió de las bisagras y el hombre siguió volando hasta que aterrizó a tres metros de distancia en la otra habitación. Fue como si un cañón lo hubiera disparado dentro de la casa.

Caitlin se quedó de pie, temblando. Nunca había sido una persona violenta, ni siquiera había golpeado a alguien. Además, no era ni corpulenta ni fuerte. ¿Cómo supo que tenía que patearlo así? ¿De dónde había sacado la fuerza para hacerlo? Jamás había visto a nadie salir volando o quebrar una puerta de esa manera, mucho menos a un hombre adulto. ¿De dónde provenía ese poder? Caminó y se detuvo junto a él.

Estaba noqueado en el suelo, bocarriba. Se preguntó si lo habría matado, pero en ese momento todavía la controlaba la ira, y no le importaba. Se hallaba más preocupada por sí misma; le intrigaba quién o qué era en realidad.

Nunca volvió a ver a Frank. Al día siguiente, él terminó la relación que tenía con su madre y jamás regresó. Su madre sospechaba que algo había sucedido entre ellos, pero nunca habló al respecto. A pesar de ello, culpaba a Caitlin del rompimiento y de arruinar el único tiempo de felicidad en su vida. Desde entonces, no había dejado de culparla.

Caitlin miró el techo descarapelado una vez más y su corazón

lació con vigor de nuevo. Se acordó de la furia que había sentido y se preguntó si aquellos dos episodios tendrían alguna conexión. Siempre asumió que lo de Frank había sido un loco incidente aislado, una rara manifestación de fuerza. Pero ahora, se preguntaba si no se trataría de algo más. ¿Acaso había algún tipo de poder en ella? ¿Sería un fenómeno? ¿Quién era?

TRES

Caitlin corrió. Los bravucones estaban de vuelta y la perseguían por el callejón. No tenía salida; estaba frente a un muro inmenso pero continuó avanzando, directo hacia él. Conforme corría, incrementaba la velocidad hasta un punto imposible, y pudo ver cómo pasaban los edificios a un lado como manchas. Sintió cómo el viento se deslizaba por entre su cabello.

Cuando estuvo más cerca, saltó, y, con un solo impulso, llegó hasta la cima del muro, a diez metros de altura. Con otro salto voló en el aire de nuevo, diez metros, seis, y aterrizó sobre el concreto sin perder el paso; seguía corriendo, corriendo. Se sentía poderosa, invencible. La velocidad se incrementó aún más y sintió que podía volar.

Miró hacia abajo y vio frente a sus ojos cómo el concreto se tornaba en césped, un largo, verde y bamboleante césped. Corrió por la pradera. El sol brillaba y ella lo reconoció como el hogar de su infancia.

A la distancia detectó a su padre en el horizonte. Sintió que al correr se acercaba cada vez más a él. Pudo enfocarlo. Ahí estaba con una enorme sonrisa y los brazos abiertos.

Le dolía verlo de nuevo. Corrió cuanto pudo, pero él se alejaba a medida que ella se acercaba. De pronto, estaba cayendo.

Una inmensa puerta medieval se abrió y, al atravesarla, entró a una iglesia. Caminó por un oscuro pasillo que tenía antorchas encendidas a los lados. Frente al púlpito había un hombre arrodillado que le daba la espalda. Mientras se aproximaba, el hombre se puso de pie y volteó. Era un sacerdote. La miró y su rostro se llenó de miedo. Ella sintió cómo corría la sangre por sus venas y se vio a sí misma acercándosele, incapaz de detenerse. Temeroso, él levantó una cruz y se la puso enfrente.

Ella se abalanzó sobre él; sintió que sus colmillos crecían y crecían, y luego vio cómo se los clavaba en el cuello al sacerdote. Él aulló de dolor pero a ella no le importó. Sintió cómo penetraba la sangre por sus colmillos y luego corría por sus venas. Era la mejor experiencia que había tenido en la vida.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.